



Dr. ALFREDO D. CALCAGNO, dibujo por A. Bilis.  
(1891 - 1962)



## Dr. ALFREDO D. CALCAGNO

**E**L 9 de marzo de 1962, cuando comenzaba a azularse la mañana, falleció en La Plata el Dr. Alfredo D. Calcagno, uno de los más eminentes pedagogos argentinos.

Sus restos fueron velados en la Universidad —su otro hogar—, a la que había llegado, apenas adolescente, desde la vieja ciudad bonaerense de Mercedes —donde viera la luz el 26 de octubre de 1891—, de la mano del profesor Rodolfo Senet. Y en ella se quedó, desde aquel día de 1908, por más de cincuenta años, desempeñando “desde los cargos más modestos hasta los más encumbrados de la jerarquía universitaria —como dice la resolución dictada por el presidente de la Universidad al adherirse al duelo—, con excepcional dedicación y entrañable cariño y que por la variedad de su talento, la claridad de su inteligencia, sus acendradas virtudes morales, su contracción inquebrantable al estudio, componía una personalidad ejemplar y un maestro auténtico de la juventud”.

Recibido de maestro en su ciudad natal, obtuvo el título de profesor en la sección pedagógica de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata, doctorándose en 1914 en la Universidad Libre de Bruselas, Bélgica. En 1917, a los 27 años de edad, era ya profesor adjunto de pedagogía en la Facultad de Humanidades. Y así como en la carrera docente revistó —sin excepción— en todas las categorías del Estatuto, hasta llegar a la de profesor titular, en las funciones de gobierno fue, sucesivamente, a lo largo de los años, consejero académico y decano de Humanidades; consejero superior, vicepresidente y presidente de la Universidad. Memorable rector, asimismo, del Colegio Nacional, reorganizó el establecimiento en un difícil momento institucional y lo dotó de modernos planes de estudio.

Su nombre y su prestigio de educador habían trascendido hasta toda América latina y Europa, ejerciendo en París, al momento de su muerte, la representación argentina ante la UNESCO. Cordial suscitador de vocaciones, luchó incesantemente por el afianzamiento y desarrollo de los estudios pedagógicos en el país: esto vale tanto y aún más que su labor escrita, porque en esa generosidad fecunda invirtió la mayor parte de su incansable actividad. Tal su principal modo de realizarse; la tarea de escritor significó para él una ocupación incidental.

A despecho de su labor docente, intelectual, científica y de gobierno universitario fue, por sobre todas las cosas, un maestro verdadero —comprensivo y orientador— que supo dar a los jóvenes, dentro y fuera de la Universidad, el ejemplo de su insobornable conducta cívica y su culto militante de la libertad del espíritu. Esta fue la alta lección de su vida.

N. H. S.